



Universidad  
Nacional  
de Rosario

## **Facultad de Psicología**

Trabajo Integrador Final

Título: “El recorrido de un fin.

La especificidad de la clínica con niños y niñas”

Modalidad de Presentación: Ensayo

Autora: Scumaci, Bianca

Legajo: S- 5482/8

Docente Responsable: Fiocchi, Antonela

-2022-

A Sandra y Gustavo, ma y pa, gracias por confiar en mí y darme las herramientas para alcanzar este gran sueño.

A mi hermana Cami, mi compañera de toda la vida, mi guía y ejemplo. Gracias por marcarme el camino y nunca soltarme la mano.

A mi hermano Fran, que con sus cortos 9 años me enseñó sobre la pasión y la constancia en lo que uno ama hacer. Gracias por tu vida.

A mis primos Mili, Juli y Nacho, gracias por ser incondicionales más allá de cualquier circunstancia, compartir la vida con ustedes es un regalo.

A mis tías Sandra y Silvia, por darme el ejemplo del esfuerzo y la dedicación. Gracias por estar.

A mis amigas, que con su amistad diaria siento que todo lo puedo. Gracias por ser tan fieles.

A Manu, mi compañero, gracias por transitar conmigo mis logros y mis penas, crecer juntos es un placer.

A Antonela, quien me guió y acompañó para realizar este trabajo con sus sabias recomendaciones, gracias por tu calidez.

A Ivonne Laus y a Juan Cammardella, por dirigir mi TIF y brindarme sus lecturas y correcciones.

## Índice

Agradecimientos.....	2
Índice.....	3
Resumen y palabras clave.....	4
Introducción.....	5
Desarrollo.....	7
La especificidad del análisis con niños y niñas: padres, parientes y juego.....	7
La problemática de un sujeto a advenir.....	11
El trabajo del/la analista, un lugar que aloje al sujeto.....	15
Fin de análisis: un recorrido por la neurosis infantil.....	18
Conclusiones.....	21
Referencias bibliográficas .....	23

## Resumen

El presente ensayo aborda la posibilidad de conducir un análisis hacia su final en la clínica con niños y niñas, en donde el trabajo del/la analista es concebido como un pilar para el desarrollo y fundamentación del mismo. Partiendo de las teorizaciones lacanianas sobre el fin de análisis y las características pertenecientes a las infancias, nos adentramos en las aristas que dan cuerpo a la especificidad de esta clínica y que permiten afirmar un fin de análisis posible, además de permitir una distinción con la clínica llevada a cabo con los/las adultos/as. Por otro lado, el sujeto que concibe el psicoanálisis es lo que da el puntapié para comenzar a formular dicha distinción entre dos clínicas que, sin embargo, comparten los fundamentos del psicoanálisis, aunque conllevan diferencias en el trabajo analítico. Dicho trabajo, que se encuentra presente de diversas maneras en todo el desarrollo del TIF, se especifica con precisión en el tercer apartado, explicitando las operaciones que lleva a cabo un/a analista y con qué herramientas cuenta para

transcurrir y (particularmente) para finalizar un análisis. Por último, al realizar un recorrido por la neurosis infantil, se da cuenta de las obstaculizaciones estructurales en el camino de constitución subjetiva que permiten, paradójicamente, concluir en un posible fin de análisis en la clínica con niños y niñas.

### **Palabras clave**

Clínica con niños y niñas - Fin de análisis - Sujeto

### **Introducción**

El presente Trabajo Integrador Final tiene por objetivo considerar el trabajo del analista en la clínica con niños y niñas, y particularmente, la posibilidad de su conducción hacia el fin del análisis.

Teniendo en consideración que esta última temática ha sido abordada de manera diversa por una pluralidad de psicoanalistas, nos abocaremos a la lectura de Jacques Lacan, quien ha convertido el fin de análisis en un concepto de múltiples características que nos permiten, mediante la primacía del orden significante, interrogar la clínica analítica con niños y niñas.

En función de ello se puede destacar que en algunas de las conceptualizaciones sobre el final de un análisis que Lacan ha realizado a lo largo de su recorrido indican un

cambio en la posición subjetiva del analizante, tal como se deja traslucir en el Seminario 11 *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* cuando teoriza sobre el fin de análisis como el atravesamiento del fantasma (Lacan, 2017). A partir de allí podemos leer la inquietud de un interrogante que nos permitiría marcar las directrices de nuestro trabajo, ya que abriría una problemática en el campo de las infancias: de acuerdo al modelo de la neurosis de transferencia en adultos, ¿qué ocurre cuando un sujeto ha atravesado el fantasma?

El fantasma es teorizado y entendido en psicoanálisis como la respuesta que formula el sujeto al deseo enigmático del Otro, siendo así, hasta tal punto, que si el sujeto tiene una relación con el deseo (que siempre será deseo del Otro) es por intermedio del fantasma (Lacan, 2013). Por ende, se podría desprender de la lectura del “atravesamiento del fantasma” que el sujeto se posiciona de una manera diferente en relación al gran Otro y a sus semejantes cuando finaliza un análisis. Lacan (2018) lo afirma del siguiente modo: “nuestro deber, es mejorar la posición del sujeto” (p.68).

Ahora bien, en la infancia no se podría hablar de un sujeto ya constituido como ocurre en la adultez al cual se le pueda suponer (de igual manera) un cambio de posición en el final de un análisis, sino que estaríamos en presencia de un sujeto en aras de advenimiento. Lacan (2018) desarrolla esta idea cuando trabaja los tres tiempos del Edipo y la necesidad de atravesamiento del mismo para que el sujeto logre hacerse un lugar allí.

Por consiguiente, se puede afirmar que la idea de un cambio de posición del sujeto como fin de un análisis se vuelve problemática en las infancias. Es por eso que en este punto sería de gran importancia plantear lo que se entiende por “sujeto” en psicoanálisis y se podrían ubicar dos puntapiés para el desarrollo del mismo.

Por un lado, Lacan (2020) en el Seminario 1 *Los escritos técnicos de Freud* destaca que “la dimensión propia de un análisis, es la reintegración por parte del sujeto de su historia hasta sus últimos límites sensibles, es decir, hasta una dimensión que supera ampliamente los límites individuales” (p.26) entendiéndose así que el sujeto se diferencia del cuerpo biológico, del individuo y del paciente que está en análisis. A su vez, el mismo autor afirma que no habría una realidad que se pueda concebir por fuera del discurso, ya que “la palabra está ahí, antes que cualquier cosa pueda estar detrás de ella” (p.348) no habría entonces realidad prediscursiva, siendo el sujeto un efecto del lenguaje, en donde el orden significante se encontraría siempre en primera instancia.

Pero, por otro lado, se puede leer como Lacan (2017) afirma en el Seminario 3 *Las psicosis* que

no hay definición científica de la subjetividad, sino a partir de la posibilidad de manejar el significante con fines puramente significantes y no significativos (...) Pero aún es necesario que el sujeto adquiera el orden significante, lo conquiste, sea colocado respecto a él en una relación de implicación que lo afecte en su ser, lo cual culmina en la formación de lo que llamamos en nuestro lenguaje el super yo (p.270).

De esta cita se desprende el hecho de que es necesario, aún cuando el orden significante preexista, que el mismo sea adquirido e incorporado por parte del sujeto.

5

Siendo pertinente aclarar que dicha operación tan significativa no sería llevada a cabo de manera autónoma por parte de los niños y las niñas, sino siempre en dependencia del discurso libidinizado y libidinizante de los padres y las madres, o de quienes vayan a cumplir dicha función.

A su vez, esta particular relación al significante que podemos leer en las infancias nos permite plantear la clínica con niños y niñas como una especificidad que conllevaría sus características precisas: la presencia de padres y parientes y por otro lado, los juegos, habilitándonos de esta manera a profundizar la distinción con la clínica llevada a cabo con adultos/as.

Por consiguiente, la función estructurante del significante en lo tocante a las subjetividades nos habilita a sostener la problemática de un sujeto en constitución, y por ende, la posibilidad de conducir un análisis hacia su final, teniendo en cuenta que los avatares que determinan el modo en que el sujeto se apropie de dicho significante y logre valerse de él podrían ser múltiples y en cierta medida también obstaculizadores.

Es así que sería necesario que en un análisis con niños y niñas se puedan trabajar las circunstancias que se presenten considerando que “lo que demanda el niño es que lo dejen hacer su neurosis” (Porge, 1986, p.76). Por eso mismo, lo que se intentará especificar y precisar en el presente trabajo serán las particularidades del análisis con niños y niñas que nos permiten pensar un fin de análisis posible.

## **Desarrollo**

### **I. La especificidad del análisis con niños y niñas: padres, parientes y juegos**

Cuando se hace alusión a la clínica con niños y niñas, no se está haciendo una clasificación al modo de “especialidad” en psicoanálisis, como se puede pensar en la medicina, por ejemplo, con sus divisiones en áreas particulares e independientes unas de

otras según el modelo anatomopatológico, en donde el objetivo es obtener un saber cada vez más amplio sobre determinado objeto de estudio. Más bien se trata de una especificidad y esto es así porque el psicoanálisis es una práctica discursiva que posibilita poder practicarlo en los distintos ámbitos en donde se ejerza el mismo sin necesidad de tener que especializarse en cada uno de ellos. La especificidad, por tanto, puede ser entendida como aquella que parte de las particularidades de ciertos campos (como el de las infancias, por ejemplo) para cuestionar los fundamentos del psicoanálisis, sin tener la finalidad de obtener un saber acabado sobre las mismas (Clínica I, 2020).

Así, en la clínica con niños y niñas se puede afirmar que se encuentran dos aristas que hacen a la especificidad de este campo: la presencia de padres y parientes por un lado, y por otro, el juego como principal actividad que se desarrolla en el inicio, transcurso y fin de un análisis. y con el objetivo de profundizar en ambas aristas, afirmamos en primera instancia, se puede acentuar que al inicio de un análisis los niños y las niñas no llegan de manera independiente a consultar a un analista (es decir, no serían ellos/ellas quienes demandan el análisis) sino que siempre estarían en subordinación de las demandas de sus padres o parientes “que son todas aquellas personas con las que alguien tiene un vínculo familiar aunque no se trate de un lazo sanguíneo” (Peusner, 2010, p. 14).

En este punto sería provechoso no caer en una visión reduccionista y biologicista que conllevaría a asumir que dichos padres y parientes simplemente se encuentran en la clínica con los niños y las niñas por la necesidad vital de acompañarlos. Más bien, es porque se encuentran en una dependencia significativa que ameritaría incluirlos como parte de un dispositivo que, tal como Foucault lo entiende y Peusner (2010) describe con tan buena precisión, éste sería un conjunto que de manera heterogénea incluye y relaciona diversas aristas, como leyes, decisiones reglamentarias, discursos, instituciones, entre otras. Así, que los padres y parientes sean concebidos dentro del dispositivo en el cual se lleva a cabo el análisis, permite concebir que si éstos “están presentes en el consultorio a lo largo de un análisis de un niño es porque hay maniobras del analista que apuntan a que esto ocurra” (Peusner, 2010, p.26), contribuyendo de esta manera a la especificidad de la clínica.

Otra cuestión a considerar es que quien decide o recomienda que un niño o una niña debe comenzar un análisis puede no ser ningún miembro de la familia, sino una institución a la que asisten, médicos especialistas, maestros/as, etc., encontrándose el/la analista con una pluralidad de personas en el inicio, transcurso y fin de un análisis. Y es esto mismo lo que nos permite en el presente trabajo interrogarnos sobre qué quiere decir, o más bien, que significa hablar en un análisis con niños y niñas teniendo en cuenta que los y las analizantes no vienen ni atraviesan las sesiones solos/as.

En busca de una respuesta, sería conveniente recordar lo que Peusner (2010) retoma de Lacan, cuando dice que el sujeto nace de las palabras, incluso antes de que aparezca el individuo. Con dicha afirmación se pueden destacar dos ideas nodales: una de ellas da por sentado que sujeto e individuo no se superponen y en este punto, para evitar confusiones, Peusner (2010) propone concebir y nombrar al sujeto como “asunto” ya que eso es lo que significa “*sujet*” en francés, idioma natal de Jacques Lacan; la otra idea nodal es, por tanto, que habría un asunto que surge de las palabras de los padres y parientes mucho antes de que aparezca el cuerpo.

En este sentido, sería preciso hacer alusión a que Lacan (2019) llama constelación familiar a la red discursiva original del sujeto que se constituyó por el relato de cierto número de rasgos, que podrían entenderse como significantes, especificando la

establecer algún tipo de conveniencia entre tales cadenas y lo que ocurrirá después, pudiéndose establecer una continuidad entre las generaciones.

Resultando de gran importancia esta última concepción porque

La idea de continuidad entre generaciones es solidaria de la noción de sujeto como asunto (...) El sujeto como asunto puede involucrar a distintas personas, tal como siempre ocurre cuando nos dedicamos a la clínica psicoanalítica con niños - los padres, otros parientes, las notas de las maestras, los informes de las psicopedagogas... la polifonía de esta clínica es realmente notable y no debe hacernos retroceder (Peusner, 2010, p. 90)

Entonces, ¿qué quiere decir hablar en un análisis con niños y niñas? Podría ser que el sujeto, entendiéndolo como asunto, implicaría incluir en las sesiones a esas otras voces (polifonías) con las que se encontraría un/a analista y que convendría no retroceder ante su escucha ya que, esta manera de presentación encarnada de la polifonía, hace a la especificidad de la clínica con niños y niñas y resultaría dificultoso avanzar hacia el final del análisis si no se lo toma en consideración.

Ahora bien, creemos necesario remarcar nuevamente el hecho de que cuando hablamos de especificidad en la clínica no nos referimos a métodos o técnicas particulares, sino modos de puesta en acto de lo que se llama en psicoanálisis “reglas fundamentales”; modos que al ejercerse contribuyen a la ética de la práctica analítica.

Es por ello que Lacan (2020) en su Seminario *Los escritos técnicos de Freud* sitúa como una de dichas reglas el hecho de que “una de las cosas que más debemos evitar es precisamente comprender demasiado, comprender más que lo que hay en el discurso del sujeto” (p.120) haciendo alusión a lo que ocurre y transcurre en un análisis con adultos y que, creemos, no se debe pasar por alto tampoco en un análisis con niños y niñas.

En este punto lo que se pone en cuestión es, justamente, cómo se podría emplear dicho discurso en la clínica con niños y niñas, considerando que la palabra hablada no es el único y mucho menos el principal medio que conduce un psicoanálisis. Se abre así, un puntapié para desplegar la otra arista que concierne a la especificidad de la clínica con niños y niñas y que pretendemos considerar: los juegos que se desarrollan en un análisis; porque dependerá de cómo un/a analista conciba a los mismos que podría (o no) cumplir con la regla básica de intentar no comprender más que lo que hay en el discurso del sujeto. Y, además, si queremos profundizar en la temática del fin de análisis en la clínica con niños y niñas, debemos empaparnos del juego y de sus cualidades ya que nos permite pensar el proceso de constitución subjetiva, contribuyendo a precisar de esta manera la especificidad de esta clínica, su desarrollo y particularmente, su conducción hacia el final.

Por tanto, a los fines de caracterizar lo que creemos preciso sobre el juego, debemos hacer mención de que a nivel de la historia de las teorizaciones sobre el psicoanálisis con niños y niñas hay una multiplicidad de desarrollos que no necesariamente coinciden, sino que llegan a contradecirse; es así que en el presente trabajo, nos resulta imprescindible aferrarnos a las lecturas de Donald Winnicott y su distintiva concepción del papel del jugar en el análisis como proceso de subjetivación y orientación de la dirección de la cura por parte del analista.

En el libro *Realidad y juego* (2021), el autor plantea de entrada una distinción que se podría concebir desde una posición ética: no es lo mismo el juego que jugar o estar jugando (en inglés, lo nombra como “play” y “playing”). El primero conllevaría entender al juego como un producto acabado que reemplazaría la palabra hablada, o mejor dicho, expresaría lo que el niño o la niña pudiera, o no, decir en su discurso; donde la única función que tendría allí el analista sería mirarlo y luego interpretarlo (Winnicott, 2021). Es decir, la crítica que se puede leer allí es a la idea de que el niño o la niña jugaría en

análisis, sin que el analista participe más que con su observación y, luego, se limite a interpretar lo que el niño o la niña está expresando.

En cambio el “estar jugando” implicaría que en un psicoanálisis se superpongan dos zonas de juego: la del paciente y la del analista, dos personas que juegan juntas (Winnicott, 2021) entendiendo, por tanto, al juego como un proceso que sería en sí mismo una terapia, en donde éste no reemplazaría la palabra; se trata más bien de dos aspectos distintos, por igual de útiles pero que no se superponen. En consecuencia, el/la analista no se limita a interpretar, ya que “la interpretación fuera de la madurez del material es adoctrinamiento, y produce acatamiento” (Winnicott, 2021, p.76) sino que se coloca en la posición de estar jugando con los niños y las niñas que se encuentran en análisis. Esto no implica que el/la analista tenga que intervenir en el juego al modo de un/a director/a que organiza la manera de jugar, sino que se podría concebir como quien cumple la función de sostén, quien posibilita que el juego se desarrolle.

Como mencionamos con anterioridad, las reglas básicas del psicoanálisis las consideramos indispensables para pensar una clínica que, con sus debidas aristas, trabaje éticamente con niños y niñas. Por tanto, destacaremos lo que afirma Sigmund Freud (1991), padre del psicoanálisis, en su texto “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” en lo que respecta a la regla analítica fundamental, que daría cuenta de lo siguiente: “el paciente debe comunicar todo cuanto atrape en su observación de sí atajando las objeciones lógicas y afectivas que querrían moverlo a seleccionar” (p. 115) dando lugar así a la técnica de asociación libre que “designa el conjunto del material verbalizado en el curso de la sesión psicoanalítica” (Laplanche, 2007, p.33).

De esta última se podría desprender, a su vez, otra regla indispensable y es la conocida “atención flotante”, describiendola el mismo autor como: “La técnica que consiste meramente en no querer fijarse en nada en particular y en prestar a todo cuanto uno escucha la misma atención parejamente flotante” (Freud, 1991, p.111)

Ambas técnicas recientemente explicitadas concuerdan en un todo con la concepción de “estar jugando” que plantea Winnicott en su libro *Realidad y juego*, ya que el/la analista estaría inmerso/a en el mismo campo de juego en donde se encuentra sumergido el niño o la niña sin prestar atención a nada en particular, sino más bien, a todo en general, haciendo una lectura de lo que acontece en el juego y propiciando que el niño o la niña asocie libremente, pudiendo el/la analista -luego de eso- realizar posibles relaciones en lo que respecta a lo que el niño o la niña jugó, está jugando y jugará a continuación.

¿Qué significa que un niño o una niña asocie libremente? Para comprenderlo se debería hacer mención a otra característica esencial a tener en cuenta a la hora de “estar jugando” ya que si recuperamos la idea presentada en primer término acerca de la primacía significativa, se podría decir entonces que el juego (cualquiera sea), por sí mismo no significa nada y es a partir de la siguiente cita de Lacan (2018) que podemos afirmarlo: “el significante tiene función activa en la determinación de los efectos en que lo significable aparece como sufriendo su marca, convirtiéndose por medio de esa pasión en el significado (p.656).

Por consiguiente, el significante, por sí mismo no tiene ningún valor, pero sí tendría una función activa en lo que respecta a los significados, por tanto, la relación entre significante y significado es que no habría un significado correspondiente a cada significante, sino más bien es en el encuentro de dos significantes donde se puede extraer un significado.

Esto es lo que se puede localizar en el transcurso de un psicoanálisis si se concibe al juego como una producción significativa, y no como un signo acabado. Así, el analizante niño o niña juega, sin reglas impuestas de cómo hacerlo, ni por dónde empezar ni por dónde proseguir. El analista, por su parte, no tomará ningún juego como significado acabado, sino que los concebirá como significantes que por sí mismos no significan nada y por tanto pedirá asociaciones al respecto sin interpretar sobre un material que no estaría maduro (Winnicott, 2021) cumpliendo así la regla de la atención

flotante.

9

Por tanto un niño o una niña puede asociar libremente en el acto mismo de jugar, entendiendo que el lazo entre ambas concepciones sería el hecho de que son producciones significantes que conducen al/la analista a la construcción de una red de relaciones significantes. Pero a su vez, el punto de diferencia está, no en que se usa un objeto-juguete en lugar de una palabra, sino en que el objeto al volverse juguete introduce a un mundo hecho de palabras, ordenado por el lenguaje y sus leyes.

Por último, se podría hacer mención de que en las citas que plasmamos en el presente trabajo de Sigmund Freud, hacían alusión al discurso del sujeto, y no específicamente al juego. Pero creímos que sería fructífero desarrollar como los mismos fundamentos del psicoanálisis, aún siendo confrontados con las especificidades de las infancias, se sostienen bajo la premisa de la primacía del orden simbólico.

## II. La problemática de un sujeto a advenir

La importancia de concebir la clínica con niños y niñas como una especificidad, detallando y desarrollando las aristas que la conforman, radica en que a partir de allí podríamos avanzar con la problematización sobre el fin de análisis y la manera que puede ser conducido éste en las infancias.

Es por ello que creemos fundamental destacar que Lacan, a lo largo de su enseñanza, ha ido desarrollando postulados sobre cómo concibe la temática del fin de análisis, y será a los fines del presente trabajo que seleccionaremos algunos de ellos,

porque entendemos que sostienen una misma idea rectora. Así, en primer lugar destacamos lo que se afirma en el Seminario 11 *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, cuando el autor se hace la siguiente pregunta: “en lo que al final de análisis se refiere ¿Cómo puede un sujeto que ha atravesado el fantasma radical vivir la pulsión?” (Lacan, 2017, p. 281).

Si bien en este momento de su enseñanza Lacan se encontraba ahondando en temáticas más complejas para pensar el final de un análisis (la pulsión y el fantasma) se puede desprender de la lectura de esta cita una idea nodal: para finalizar un análisis, el sujeto se debe posicionar de una manera distinta a la que se encontraba cuando comenzaba el mismo en relación al Otro y a sus semejantes.

Esta misma idea puede afirmarse cuando el mismo autor en 1955 menciona que: “el sujeto comienza hablando de él, no les habla a ustedes; luego les habla a ustedes, más no habla de él; cuando les haya hablado de él - que habrá cambiado sensiblemente en el intervalo - a ustedes, habremos llegado al final del análisis” (Lacan, 2017, p. 230). Es decir, hacia el final de un análisis el sujeto se posicionaría de una manera diferente en relación al inicio del mismo.

Ahora bien, a partir de una rigurosa lectura de los postulados lacanianos se puede constatar que el sujeto del que se habla en las infancias no coincide con el sujeto planteado en las citas recientes, y es justamente aquí donde se ubicaría el motivo por el cual un análisis con niños y niñas debe estar planteado como una especificidad, ya que no habría un sujeto constituido con el cual trabajar, sino más bien, estaríamos en presencia de un sujeto a advenir que aún así permitiría, de manera diversa, que el análisis pueda ser conducido hacia su final.

Resulta de esta manera imprescindible desplegar los postulados psicoanalíticos sobre la forma de concebir al sujeto en un análisis, siendo necesario para dicho fin destacar dos puntos esenciales que ya fueron advertidos en la introducción. Por un lado nos basaremos en la preexistencia del significante, en lo que respecta al sujeto, para fundamentar así su distinción con el individuo/paciente que llega a un análisis, y en segundo lugar, la necesidad de conquista del mismo (del significante) por parte del sujeto, para dar cuenta de la constitución de este último, diferenciándolo rotundamente del desarrollo biológico. Estos puntos conllevan una gran dificultad para ser desarrollados porque se vuelve hartamente complejo hacer una distinción tajante entre las realidades que implican ambas ideas, pero si las planteamos de este modo en el presente trabajo, es a fines de una mayor comprensión lectora.

Por tanto, con el objetivo de desarrollar la primer idea mencionada sería importante destacar como un dato no menor, que el Estructuralismo fue una corriente que influenció fuertemente el pensamiento de Jacques Lacan, y de la cual pudo retomar algunas de sus conceptualizaciones básicas, como por ejemplo el “anti sustancialismo” y el “binarismo” jackobsoniano (Miller, 2019), cuestión que acompañará a Lacan a lo largo de toda su enseñanza. Siendo justamente dicha corriente de pensamiento lo que condujo al autor a afirmar en 1964 que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” (Lacan, 2017, p.28), y unos párrafos más adelante continúa:

Antes de establecer relaciones que sean propiamente humanas, ya se determinan ciertas relaciones. (...) La naturaleza proporciona significantes y estos significantes organizan de manera inaugural las relaciones humanas, dan las estructuras de estas relaciones y las

modelan. Para nosotros lo importante es que en esto vemos el nivel donde - antes de toda formación del sujeto, de un sujeto que piensa, que se sitúa en él- algo cuenta, es contado y en ese contado ya está el contador. Sólo después el sujeto ha de hacerse reconocer en él (Lacan, 2017, p. 28)

Pudiéndose leer a partir de dicha cita que, entre el sujeto y su constitución como

tal habría una relación previa con el significante. Esta lectura, a su vez, se afirmaría de manera muy precisa en las teorizaciones de Alfredo Eidelsztein (2018), quien resalta con justeza en su libro *El origen del sujeto en psicoanálisis* que la única manera de concebir al sujeto desde la posición psicoanalítica, es postulando la preexistencia del orden significante y del gran Otro, y que “en el mismo sentido, se debe considerar que tampoco existe sujeto alguno antes del inconsciente (...) El inconsciente como discurso del Otro y estructurado como un lenguaje, ya está ahí ‘desde siempre’, a partir de un comienzo absoluto aunque no fechable” (Eidelsztein, 2018, p. 49).

El autor hace una analogía entre el origen del universo (a partir del fenómeno del “Big Bang”), y el origen del sujeto, entendiendo que no habría un momento exacto, ni tampoco una entidad concreta a la que se pueda atribuir el nacimiento de ambas nociones. La consecuencia directa que se puede leer a partir de esta teorización, es que el sujeto no sería un efecto del desarrollo biológico, es decir, no coincidiría con el nacimiento del individuo, sino más bien sería efecto del lenguaje, el cual estaría constituido por el orden significante y el gran Otro.

Ahora bien, “una vez reconocida en el inconsciente la estructura del lenguaje, ¿qué clase de sujeto podemos concebirle?” (Lacan, 2013, p. 761). A partir de esta pregunta que realiza Lacan en su escrito “La subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” es que podemos diferenciar de manera precisa el estatuto del sujeto y el individuo, necesariamente porque el sujeto sería aquel que “puede ser reconocido, por ejemplo, en el intervalo entre los significantes o puede identificarse en la discontinuidad de la cadena significante” (Miller, 2019, p.101).

Es aquí donde convendría destacar que para Lacan se trataría de cuestiones netamente míticas en todo lo que respecta a la preexistencia del orden significante para la constitución del sujeto. En palabras del autor:

Les cuento un mito, porque no creo en modo alguno que haya en alguna parte un momento, una etapa, en la que el sujeto adquiere primero el significante primitivo, introduciéndose luego el juego de las significaciones y después, habiéndose tomado de la mano significante y significado, entramos en el dominio del discurso (Lacan, 2017, p. 218)

Es decir, si desde el psicoanálisis se puede plantear un orden significante que preexiste al sujeto, afirmando que el mismo sería efecto del lenguaje, esto sólo puede cobrar importancia *a posteriori* y todo lo que se desarrolle al respecto obtendría de esta manera una característica mitológica.

Por tanto, llegamos al momento de desplegar y fundamentar el segundo punto, esencial en este momento del desarrollo por que si bien el significante estaría dado primitivamente (tal como fue explicitado hasta aquí) no sería nada hasta que el sujeto no lo haga entrar en su historia, es decir, no adquiera o bien no se apropie del orden significante (Lacan, 2017).

Aquí entramos en un terreno movedizo, porque se empiezan a jugar algunas ambigüedades, tales como la idea de concebir a un sujeto capaz de conquistar el orden significante, es decir, se abriría el interrogante de cómo podría un sujeto ser capaz de integrar en su historia algo que lo constituye, ahí donde no está constituido aún como tal. Por eso es importante, en primer lugar, no leer a Lacan en términos evolucionistas o diacrónicos, sino en términos circulares (Eidelsztein, 2018) y así poder afirmar que el sujeto se constituye a partir de la lógica del futuro anterior, que Lacan explica del siguiente modo:

que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser (Lacan, 2015, p. 288)

En esta cita Lacan habla de una temporalidad que, primeramente, había sido desarrollada por Heidegger, quien planteaba un modo de abordar al ser, ya no desde la tradición abierta por la metafísica, sino por la vía del tiempo (Heinrich, comunicación personal, 2020). Es decir, el autor en cuestión adopta las teorizaciones heideggerianas sobre el tiempo para poder dar cuenta de sus principales postulados psicoanalíticos, concibiendo un futuro que se propone como anterior, en donde lo que viene después estaría antes y lo que estaría antes, sólo puede ser leído *a posteriori*, dejando en evidencia que nuestras habituales categorías de tiempo (presente, pasado y futuro) no serían útiles para comprender el meollo de la cuestión puesta en juego, sobre todo en lo que nos interesa, que es la constitución subjetiva.

Esto conduce de manera directa a concebir la constitución del sujeto a partir de un tiempo puramente lógico y no cronológico, y ya que este último sería propio del desarrollo biológico del cuerpo humano, se puede establecer así una rotunda diferencia entre ambos que nos servirá para no confundir la constitución del sujeto, con el desarrollo usual del individuo.

Entonces, volviendo al planteamiento anterior, persistiría el interrogante sobre cómo o, más bien, cuál sería la conquista de la que habla Lacan cuando hace alusión a la constitución del sujeto. Y es en pos de construir una respuesta posible que acudiremos a las teorizaciones del mismo autor, ya que en 1957 mencionaba que “apenas hay sujeto hablante, la cuestión de sus relaciones en tanto que habla no podría reducirse simplemente a otro, siempre hay un tercero, el Otro con mayúscula, constituyente de la posición del sujeto como hablante, es decir, también, como analizante” (Lacan, 2018, p.185).

Se podría plantear entonces, luego de dicha cita, que la relación del sujeto con el Otro puede ser el medio para pensar una conquista que habilite al sujeto a constituirse como tal. Es así que, en este punto, sería indispensable hacer mención en que el establecimiento de la estructura del Edipo debe concebirse como la matriz de las formas en las cuales el sujeto se sitúa en relación al Otro, siendo en el Seminario 5 *Las formaciones del inconsciente* donde podremos rastrear la formulación y fundamentación del mismo (Lacan, 2018).

Con el objetivo de no explayarnos demasiado en el desarrollo, acudiremos a realizar una síntesis de los tres tiempos en los que se puede dividir el complejo de Edipo que si bien no son pensados de manera cronológica, no carecen de una determinada sucesión (Lacan, 2018).

Es así que, como primer tiempo del Edipo Lacan ubica la relación del/la niño/a, no con la madre, sino con el deseo de la madre, creándose de este modo un deseo de deseo: “lo que hay que entender es que este deseo de deseo implica estar en relación con el objeto primordial que es la madre, en efecto, y haberla constituido de tal forma que su deseo pueda ser deseado por otro deseo, en particular el del niño” (Lacan, 2018, p. 204). En este sentido, el niño o la niña se encontraría despojado de todo lo que no sea el deseo del Otro, ya constituido por el niño como el Otro que puede estar presente o ausente. ¿Cuál sería, entonces, el objeto de deseo de la madre que el niño o la niña quisiera ocupar? Lacan afirma que este objeto sería el falo, como eje de toda la dialéctica subjetiva (Lacan, 2018).

Podemos pasar así al segundo tiempo del Edipo, en donde lo que se pone en juego sería un más allá de la madre, siendo el padre quien aparece cumpliendo el rol de interdictor.

En esta etapa el padre interviene en calidad de mensaje para la madre. Él tiene la palabra y lo que enuncia es una prohibición, un no que se transmite allí donde el niño recibe el mensaje esperado de la madre. En este punto el padre se manifiesta en cuanto Otro, en

consecuencia, el niño resulta profundamente cuestionado en su posición de súbdito.  
(Lacan, 2018, p.208)

En efecto, cuando el/la niño/a interroga a la madre, lo que encuentra es al Otro del Otro, a saber, su propia ley y es por eso que esta segunda etapa se podría concebir como la que constituye el meollo del momento privativo del complejo de Edipo. Pero lo que ocurre en la tercer etapa es que el padre volverá a intervenir, pero no ya como privador, sino como quien tiene efectivamente aquello de lo que privaba en el segundo tiempo, es decir, como portador del falo, "En el tercer tiempo el padre interviene como potente, este tiempo viene tras la castración que afecta a la madre imaginada por el sujeto" (Lacan, 2018, p. 211).

Aquí se puede leer una unión muy particular porque ya no se trataría sólo del complejo de Edipo en lo referente a la relación del sujeto con el Otro, sino que se considera, además, al mecanismo del complejo de castración. Esto último de lo que daría cuenta es que el Otro para el sujeto no se encontraría ya completo, provisto de una omnipotencia, sino más bien, atravesado por la falta.

Ahora bien, la articulación entre ambos que propone Lacan es a través de la metáfora paterna (Lacan, 2018), cuestión que ha sido desplegada, aunque de manera implícita, en el desarrollo de los tres tiempos del Edipo. Dicha metáfora consta de que el deseo de la madre pueda ser sustituido por el Nombre del Padre. "¿Qué quiere decir esto? (...) El papel que desempeña aquí la metáfora paterna es que conduce a la institución de algo perteneciente a la categoría del significante" (Lacan, 2018, p. 201).

Por tanto, el complejo de Edipo, el complejo de castración y la metáfora paterna nos conducen a la lectura que sería específicamente en el orden simbólico en donde nos deberíamos ubicar para poder plantear la constitución de un sujeto en cuanto tal, pudiendo afirmar, de esta manera que

el desarrollo solo se produce en la medida en que el sujeto se integra al sistema simbólico, se ejercita en él, se afirma a través del ejercicio de una palabra verdadera (...) sin duda no cualquier palabra: en esto radica la virtud de la situación simbólica del Edipo (Lacan, 2020, p.138)

Finalmente, se podría concluir en que la única conquista que el sujeto podría hacer sería en términos territoriales, es decir, el sujeto conquistaría el orden simbólico en el sentido de que se hace un lugar allí, en el campo de la estructura del lenguaje, siempre en relación a un Otro. En otras palabras, se podría decir que en el campo de la estructura del lenguaje se abriría una hiancia, en donde se puede concebir a un sujeto capaz de conquistarla, siendo el sujeto un efecto del lenguaje.

Entonces, ¿cómo podemos percibir cuando un sujeto adviene? Lacan (2020) nos dice que sería "por la sencilla razón de que es capaz de mentir. Vale decir que es distinto de lo que dice" (p. 287). Por consiguiente, cuando el sujeto logra apropiarse del orden simbólico y es capaz de engañar, aún diciendo la verdad, podríamos dar por sentado que el sujeto se ha hecho un lugar allí, en el mundo simbólico.

### III. El trabajo del/la analista, un lugar que aloje al sujeto

Como ya hemos mencionado en el presente TIF, el psicoanálisis es considerado una práctica discursiva que puede ser llevada a cabo en los distintos ámbitos donde se lo requiera, pero que la clínica con niños y niñas sea una especificidad y tenga por ello sus características particulares, en donde el sujeto con el que se debería trabajar se encuentra en constitución implica (y esto es inevitable) que el trabajo que lleve a cabo el/la analista sea de una manera específica y diferenciada en relación al trabajo con adultos/as.

Para dar cuenta de ello creemos necesario hacer mención que Lacan (2015) en su texto "Variantes de la cura-tipo" dió cuenta de una particular característica del/la analista a la cual le otorgó el nombre de "poder discrecional del oyente" (p.318). Esta concepción haría alusión a que, con respecto a la escucha del discurso del/la analizante, "no solo el sentido de ese discurso reside en el que lo escucha, sino que es de su acogida de la que depende *quién* lo dice" (Lacan, 2015, p.318).

Es decir, podemos leer allí que el/la analista no solo tendría la posibilidad de atribuirle un sentido a lo que le comunica el/la analizante, sino que además, con su escucha, tendría el poder de posicionarlo/a (o no) en el lugar de sujeto, resultando esto último fundamental para pensarlo en la clínica con niños y niñas ya que, como lo hemos situado en el apartado anterior, no habría un sujeto constituido aún. Es por eso mismo que ubicamos allí la oportunidad de pensar el trabajo del/la analista como aquel que posibilitaría, mediante el poder discrecional del oyente, marcar el lugar donde el sujeto va a ir a aparecer, siendo ésta la principal característica que hace a la especificidad del trabajo del analista en la clínica con niños y niñas.

Ahora bien, en este punto nos surgen algunos interrogantes en relación a cómo llevaría a cabo el/la analista su trabajo ante esta situación tan específica, es decir ¿qué operaciones serían necesarias que se produzcan para que el sujeto se aloje en el transcurso de un análisis? y ¿con qué elementos produce el/la analista dichas operaciones?

Con respecto a la primera pregunta se podrían considerar dos tipos de operaciones que ejercería el/la analista en el recorrido de un análisis con niños y niñas, siendo por un lado la operación de realizar un recorrido "al sesgo" (Peusner, 2018) y por otro lado, la operación de la "docta ignorancia" (Lacan, 2020).

Para comprender la primera de dichas operaciones sería preciso recordar que el/la analista en todo el transcurso del análisis contará con la presencia de padres y parientes del analizante. Esta arista que hace a la especificidad de la clínica, conlleva a que el trabajo del/la analista deberá ser conducido no sin la presencia y la información valiosa que éstos puedan aportar al análisis (Peusner, 2018). En otras palabras, resultaría imposible pensar que el/la analista pueda realizar operación alguna si no fuese por la

información que le brindarían los padres y parientes del analizante en cuestión, rasgo totalmente distintivo en relación a la clínica con adultos/as.

Ante esta particular característica se podría destacar que lo que ocurre muy a menudo en la clínica con niños y niñas es que los padres y parientes demandan respuestas y soluciones rápidas, lineales y efectivas en el tratamiento del analizante (Peusner, 2018), siendo justamente aquí donde se inmiscuye la primera operación que destacamos con anterioridad. Es en el libro de Pablo Peusner *El psicoanálisis con niños es un chino* (2018) donde podemos leer la necesidad de afirmar que desde el inicio hasta el final de un trabajo analítico nada ocurre con linealidad, sino más bien, se trataría de “rodeos”.

Estos rodeos no se llevarían a cabo únicamente sobre la demanda de los padres y parientes, sino también sobre el trabajo analítico con los niños o las niñas. Es decir, es propio de la operación de un/a analista, no solo informarles a los padres y parientes sobre dicho rodeo, sino (y ante todo) ponerlo en acto; partiendo de una demanda que reclamaría una resolución inmediata, el rodeo se llevaría a cabo mediante el trabajo del/la

15

analista, quien erigiría un significante al grado de enigma. A partir de ahí, no se podría concebir una solución directa a un problema. Peusner lo afirmaría del siguiente modo:

El psicoanálisis con niños se produce mediante rodeos, se trata de rodeos que siguen el sesgo del recorrido analítico, donde el deseo se dice elípticamente y nunca de manera directa. Ahora bien, no solo debemos considerar este tipo de desvíos en el recorrido que se establece con el decir, el jugar y el dibujar de nuestros analizantes- niños, sino también nuestras intervenciones, las que en esta clínica particular se producen con los niños, pero también con los padres y parientes (Peusner, 2018, p.15).

Entendemos entonces que esta operación particular que consistiría en conducir el análisis con niños y niñas mediante rodeos, en donde los recorridos que se atravesasen serán siempre “al sesgo” sin direcciones rectas ni directas, no será sin la presencia de padres y parientes y sin los juegos que se desarrollen en el transcurso del análisis.

Por otro lado, en lo que respecta a la segunda de las operaciones mencionadas, destacaremos a Lacan (2015), quien en 1953 menciona: “observemos que el tiempo para comprender y el momento de concluir son nociones que hemos definido, en un teorema puramente lógico” p.249), haciendo alusión a lo que ocurriría en la clínica psicoanalítica en relación a la interpretación por parte del/la analista en el intento de comprender y el final de un análisis.

Es justamente el primero de estos aspectos el que nos conduce a pensar que “la posición del analista debe ser la de una ignorancia docta, que no quiere decir sabia, sino formal y que puede ser formadora para el sujeto” (Lacan, 2020, p.404). Es decir, entendemos que otra de las operaciones que debe llevar a cabo un/a analista en su trabajo, conllevaría una ignorancia formalizada en lo que respecta a la comprensión del material que el o la analizante, o sus padres y parientes, le traen a las sesiones.

En este punto Lacan ha sido muy tajante, ya que podemos leer en sus teorizaciones que incita a una suspensión de cualquier gesto de comprensibilidad, entendiendo que comprender demasiado llevaría a un fracaso del análisis, o más bien, a hacer psicoterapias. Así el autor menciona: “comiencen por creer que no comprenden. Partan de la idea del malentendido fundamental. Esta es una disposición primera, sin la cual no existe verdaderamente ninguna razón para que no comprendan todo y cualquier cosa” (Lacan, 2017, p. 35).

Estas operaciones que hemos desplegado nos conducen a afirmar que no habría un índice o un manual con el cual un/a analista pueda guiarse para conducir el análisis, teniendo como consecuencia directa que debemos responder al segundo interrogante

que nos hemos planteado, a saber: ¿con qué elementos cuenta el/la analista en su trabajo?

En este punto nos resulta imprescindible hacer alusión en que aquí se introduciría el dispositivo transferencial, ya que si la transferencia es un artificio con el cual se va a plantear una escena de lectura de la posición del sujeto (Coirini, comunicación personal 2011), ¿en qué condiciones esta escena se monta en las infancias?

Lo novedoso que Lacan nos permite leer a este respecto, es que la transferencia tendría una característica peculiar: los niños y las niñas cuando hablan en análisis, por ejemplo en el transcurso de un juego, lo hacen “a la cantonade” (Lacan, 2017)

Esta expresión, utilizada por el autor en el Seminario 11 *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, daría cuenta de un determinado lenguaje en las infancias que simularía no dirigirse a nadie en particular, pero que, sin embargo, precisa de un otro que escuche como un buen entendedor (Peusner, 2012). Por lo tanto, estaríamos en presencia de un lenguaje infantil que se dejaría leer en la transferencia, y ésta última se podría caracterizar en el análisis con niños y niñas como “a la cantonade”.

Tener en cuenta dicha característica transferencial es fundamental para que los/las analistas puedan servirse de ésta como herramienta y brújula del trabajo analítico y así facilitar la conducción del análisis de una manera apropiada, ya que no sería lo mismo concebir el lenguaje de los niños y las niñas como un monólogo que guiaría sus

16

juegos y se dirigiría a ellos mismos, a concebirlo como un mensaje que, necesariamente, precisa de un buen entendedor.

Entonces, retomando la pregunta anterior, ¿con qué elemento cuenta un/a analista a la hora de establecer esta transferencia “a la cantonade”? Creemos poder afirmar que dicho elemento es el deseo del analista.

Esta última concepción (que es una teorización lacaniana) ha sido explicitada por una multiplicidad de psicoanalistas, pero nos atenemos a la lectura de Diana Rabinovich (2007) que la ha definido y desarrollado de una forma muy precisa en su libro *El deseo del psicoanalista* afirmando lo siguiente en lo que respecta al deseo del analista:

Éste debe ejercerse como un vacío, como un lugar donde algo podrá venir a alojarse, a morar, y esto deja en claro que lo que allí tiene que venir a alojarse, en la praxis del psicoanálisis, es el deseo del paciente como deseo de su Otro, el de la historicidad propia del paciente, el de las circunstancias propias de su vida (p.17).

El deseo del analista debe ser concebido entonces como una herramienta, como un elemento que los y las psicoanalistas utilizan en la práctica con niños y niñas, justamente para preservar un lugar vacío en donde los sujetos puedan alojarse.

Peusner (2018) indica que la manera más idónea de poder sostener este vacío sería no responder ante la demanda “dígame usted cual es el objeto de mi deseo” (p.43). En otros términos, que el/la analista deba ocupar un lugar vacío a través de su deseo no implica que no deba responder a ninguna demanda o siempre deba operar con un “no saber” rígido y limitador. Más bien de lo que se trataría es de no responder, específicamente, ante la demanda del analizante de saber cual es el lugar que ocupa en el deseo del Otro.

Pero aquí nos volvemos a encontrar en una situación particular que hace a la clínica con niños y niñas; justamente, el lugar que el niño o la niña ocupa en el deseo de los padres o madres es un fantasma que necesariamente se construye hacia el final del complejo de Edipo y por ende, no se encuentra constituido aún en las infancias. Es en este sentido que afirmamos la idea de que el trabajo del/la analista en este punto, sería ocupar mediante su deseo, un lugar vacío para contribuir al armado del fantasma del niño y la niña, siendo ésta la manera más idónea de alojar a un sujeto en aras de

advenimiento.

#### IV. Fin de análisis: un recorrido por la neurosis infantil

La problemática de un sujeto a advenir y su particular concepción desde el psicoanálisis conlleva una cuestión implícita que resultaría imprescindible hacer mención: se corresponde punto por punto con la construcción de una neurosis. Es decir, en la medida en que se podría hablar de un sujeto constituido en los términos que lo hemos planteado, también se podría concebir la instauración de la neurosis.

Esta última ha sido foco de innumerables teorizaciones tanto freudianas como lacanianas que darían cuenta de una determinada forma de relacionarse con el Otro y con nuestros semejantes, tal es así que Lacan (2017) la define de la siguiente manera: “la estructura de la neurosis es esencialmente una pregunta” (p.249). En nuestro caso, una pregunta que el niño o la niña se hará hacia la salida del complejo de Edipo sobre el lugar que él o ella ocuparía en el deseo del Otro; pregunta ante la cual nunca obtendrá una solución si no es por intermedio de su fantasma, siendo éste la respuesta que se formula ante el deseo enigmático del Otro

En este punto sería provechoso hacer mención a que si bien Sigmund Freud fue quien formuló el complejo de Edipo, sería Lacan quien se sirvió de él para dar cuenta (a partir de tres tiempos lógicos) de la manera más idónea en que se puede concebir un sujeto en psicoanálisis. Sin embargo, la ecuación sería demasiado sencilla si todo se desarrollaría de esta manera; teóricamente, sería suficiente con que el niño o la niña atravesase el complejo de Edipo para poder constituirse como sujeto, construyendo de esta manera su neurosis.

El inconveniente se encontraría al afirmar que la teoría no suele coincidir rigurosamente con los avatares de la realidad en que se constituyen las subjetividades de los niños y las niñas, pudiendo afirmar de esta manera, que habría una dificultad estructural para que sus neurosis se construyan de manera tranquila, siendo ésta una problemática que se intentará desplegar a continuación. Así, Michel Silvestre (1987) en su libro *Mañana el psicoanálisis* afirma, parafraseando a Erik Porge, que “si el niño neurótico pudiera demandar algo, demandaría que le dejaran hacer su neurosis tranquilamente” (p.

A partir de aquí podríamos afianzar la idea de que el final de un análisis en la clínica con niños y niñas podría ser posible si priorizamos, en primera instancia, esta dificultad que impediría que la neurosis en las infancias se construya sin obstaculizaciones, es decir, de manera tranquila. Por ende, en el presente apartado intentaremos dar cuenta de cuáles serían las características de esta intranquilidad estructural en la construcción de neurosis infantil, para así poder comprender de una manera más exhaustiva, hacia donde se direcciona un trabajo analítico, y cómo puede concebirse un final de análisis.

Con tal finalidad, elegimos nuevamente la lectura de Silvestre (1987) quien nos brinda la siguiente afirmación:

¿Qué significa la existencia de una neurosis infantil? Primeramente, que ciertos niños presentan manifestaciones clínicas, síntomas cuyos mecanismos están indicando un proceso neurótico. Pero, en segundo término, significa que hay una neurosis situable en la estructura de manera tal que puede ser distinguible de la neurosis del adulto. Tenemos, pues, la neurosis, y la neurosis infantil. (p.149)

Ahora bien, lo novedoso a este respecto y que nos permitiría de manera precisa ahondar en la problemática sobre el fin de análisis en la clínica con niños y niñas, es que existiría un punto de encuentro entre dichas manifestaciones sintomáticas y la distinción entre neurosis infantil y neurosis en la adultez que sería, innegablemente, la sexualidad.

La sexualidad entendida desde el psicoanálisis lacaniano como un hecho de discurso, puede ser leída desde dos vertientes: “una sexualidad donde el deseo del Otro no interviene puesto que a este Otro no le falta nada (...) y por otra parte una sexualidad que no acierta a realizarse sino a partir de la castración y debe enfrentarse con el deseo

18

del Otro” (Silvestre, 1987, p.156). Entonces, habría una sexualidad que afecta tanto a las infancias como a la adultez pero de distintos modos y teniendo diversas consecuencias. La distinción sería, por tanto, el encuentro con un Otro completo, que sería deseable, pero no deseante. Y, en oposición, un Otro castrado, donde ya no cabría la posibilidad de significarlo todo y la falta se haría sentir en carne propia. En medio de ambas concepciones sobre la sexualidad creemos poder ubicar el inicio de la neurosis infantil, ya que es por el hecho de que el niño o la niña tiene sexualidad (es decir, una determinada relación con el Otro) y porque en un precipitado momento esa sexualidad cojea, por lo que podrían llegar a ser neuróticos (Silvestre, 1987).

Por consiguiente, la sexualidad entendida de esta manera, podría considerarse como el pilar de las obstaculizaciones que, paradójicamente, posibilitarían la construcción de neurosis en la infancia, aunque de manera intranquila.

Y en pos de ahondar en la temática que nos convoca en el presente TIF, el psicoanalista francés Erik Porge, en su texto *La transferencia a la cantonade* (1986), nos permite realizar una lectura sobre esta sexualidad fallida (estructurante de la neurosis infantil), y como podría ser posible a partir de ella, conducir el análisis con niños y niñas hacia su final.

En primer lugar, lo que sugiere el autor es que habría una diferencia radical entre lo que ocurriría en la transferencia con adultos/as y con niños o niñas. En lo que respecta a la transferencia con adultos/as, lo que ocurre es que se “reemplaza la neurosis ordinaria por una neurosis de transferencia, de la cual puede ser curado por el trabajo terapéutico” (Porge, 1986, p. 69) es decir, un/a adulto/a ingresaría a un análisis con una neurosis ordinaria y a lo que se apuntaría sería a construir una neurosis de transferencia que posibilite la dirección del tratamiento.

Sin embargo, en las infancias ocurriría exactamente lo inverso, ya que en el niño

o la niña, la neurosis ordinaria sería la que sustituiría a una neurosis de transferencia no resuelta, siendo este el motivo principal por el cual un niño o una niña comenzaría un trabajo analítico (Porge, 1986). Pero la pregunta que urge responder entonces, es la siguiente:

¿sobre quien dirige el niño una neurosis de transferencia? Sobre cualquier objeto parental cercano: el padre, la madre, un hermano, una hermana (...) La neurosis de transferencia estalla frente a quien no sostiene más la transferencia del niño. (...) En la perturbación del discurso de los padres es perceptible que no asumen más un lugar de sujeto supuesto saber. (Porge, 1986, p. 70)

Es decir, se podría hablar de una determinada relación entre los padres o parientes y los niños o niñas en donde se construiría allí una neurosis de transferencia. Cuando la misma se encuentra en marcha, los padres o parientes serían ubicados en el lugar de sujeto supuesto saber, o bien, dicho de otra manera, en el lugar de gran Otro, en donde no les faltaría nada. Para que esto ocurra, Porge menciona que es necesario que los/las adultos/as ocupen el lugar de "buen entendedor" (Porge, 1986, p.56) escuchando la división del sujeto en su mensaje.

El punto donde el autor encontraría un torcimiento, sería cuando dicha transferencia no puede ser resuelta porque los padres o parientes ya no podrían seguir ocupando el lugar de quienes responden ante la demanda de saber de los niños y las niñas. Siendo aquí mismo donde leemos una correlación entre este fenómeno y una sexualidad que en las infancias, fallaría.

Ahora bien, siguiendo a Lacan (2020) en *Los escritos técnicos de Freud* se podría afirmar con certeza, que en este momento de neurosis infantil donde la sexualidad fallaría y el discurso de los padres o parientes ya no asumiría más el lugar pretendido de saber, lo esperado sería que el sujeto aprenda a "integrar los acontecimientos de su vida en una

19

ley, en un campo de significaciones simbólicas, en un campo humano universalizante de significaciones" (p. 283).

Pero cuando esto no ocurre, es cuando el trabajo psicoanalítico cobra una total relevancia. Ya que los/las analistas se verían implicados en poner en funcionamiento el juego simbólico del lenguaje y así, aportar a la integración del pasado del sujeto. O mejor dicho, aportar a que un sujeto se constituya en el trabajo analítico, como efecto del lenguaje. Apoyando dicha afirmación, Lacan (2020) menciona que "todas las salidas, -las salidas más favorables- pueden esperarse a partir de la introducción del sujeto en la dialéctica simbólica" (p.282).

Por tanto, haciendo un recorrido por la neurosis infantil, podemos deslindar cuáles serían las circunstancias que llevarían a que el niño o la niña demande en un análisis que lo/la dejen hacer su neurosis tranquilamente y con ello, cuáles serían las particularidades con las que se encuentra un/a analista a la hora de conducir un análisis hacia su final. Así, podemos afirmar que lo que el/la analista realiza cuando dirige las sesiones de psicoanálisis hacia su fin, es una contribución al edipismo (Porge, 1986), ya que mediante la introducción de la verbalización, conduciría el análisis hacia la simbolización del complejo de Edipo, permitiendo que los niños y las niñas se apropien de su historia y se constituyan como sujetos deseantes.

### **Conclusiones**

El recorrido que hemos realizado nos permite retomar y reafirmar la premisa de que, efectivamente, habría un fin de análisis en la clínica con niños y niñas, que no sería posible sin el trabajo minucioso del/la analista. Así, logramos desarrollar las características y particularidades de una clínica que se diferenciaría de la del adulto/a.

Partiendo de la problemática de una falta de correlación entre los postulados lacanianos sobre fin de análisis y las características propias de las infancias, nos adentramos en el siguiente interrogante: ¿cómo concebir el fin de análisis en la clínica con niños y niñas?

Con tal objetivo partimos de la especificidad de la clínica abocada a las infancias, que nos permitió realizar una tajante distinción con las especialidades que podemos suponer en otras profesiones, como sería la medicina, por ejemplo.

Así, nos adentramos a las características que conformarían y le darían cuerpo a dicha especificidad: la presencia de padres y parientes, tan fundamental como necesaria para conformar el dispositivo analítico, y por otro lado, el juego como principal

herramienta con la que contarían tanto el niño o la niña como el/la analista a la hora de llevar a cabo las sesiones de análisis, ya que la comunicación oral no sería el único ni tampoco el principal medio utilizado.

A su vez, se desarrollaron algunos de los postulados fundamentales del psicoanálisis dictados por Sigmund Freud y retomados por Jacques Lacan, como la asociación libre y la atención flotante ya que, tanto en la clínica con adultos/as como en las infancias, conformarían una brújula indispensable para el transcurso del análisis. Lo peculiar a este respecto es que, si bien dichos postulados han sido confrontados con la especificidad de la clínica con niños y niñas, aún así se podría afirmar que se sostendrían bajo una misma premisa: la primacía del orden simbólico.

Esta primacía, concebida como el pilar de las teorizaciones lacanianas (en el momento de su enseñanza que nos basamos), nos permitió avanzar en la comprensión sobre la constitución del sujeto; problemática que nos condujo por dos senderos diferentes pero entrelazados entre sí.

Por un lado, desde el psicoanálisis lacaniano logramos concluir que la manera más idónea de concebir al sujeto sería postulando la preexistencia del orden significativo y del gran Otro, permitiéndonos de esta manera, hacer una distinción absoluta entre el sujeto y el cuerpo biológico. El sujeto sería entendido entonces como efecto del lenguaje, llegando así a la idea de que no habría ninguna realidad que se encuentre por fuera del discurso.

Pero por otro lado, sería necesario (aún cuando el orden significativo preexista), que el sujeto consiga apropiarse de este mundo simbólico y logre, por consiguiente, hacerlo ingresar en su historia mediante el discurso libidinizante de los padres o parientes. Por ello resultó imprescindible avanzar sobre el desarrollo de los tres tiempos del Edipo, ya que sería considerado la forma rectora y la más idónea para teorizar la constitución subjetiva de los niños y las niñas.

Por tanto, teniendo en consideración las problemáticas de un sujeto a advenir desde estas dos vertientes, se podría determinar que el sujeto no podría nunca confundirse con el individuo/paciente que llegaría a análisis, y que si bien en las infancias suponemos una constitución subjetiva, esta no se dará a modo de “desarrollo” como el cuerpo biológico, sino más bien el sujeto se constituiría como efecto del lenguaje.

Esta particular relación con el significativo que aseveramos en las infancias, implicó que, inevitablemente, debamos teorizar sobre las repercusiones que tendría en el trabajo analítico, porque si la clínica con niños y niñas conlleva una especificidad, entonces el trabajo que lleve a cabo el/la analista, también.

Para ello rescatamos las teorizaciones lacanianas que afirmaban, ya en 1953, que el/la analista tendría un poder discrecional al escuchar a los/las analizantes niños y niñas (y a sus padres y parientes): no solo le otorgaría un sentido a aquello que le comunican, sino que tendría el poder de posicionarlos/as, o no, en el lugar de sujeto. Lo novedoso

21

que se logró concluir en el tercer apartado es que, como en las infancias no se podría hablar de un sujeto constituido aún, el trabajo del/la analista sería marcar el lugar donde el sujeto iría a aparecer.

Ante esta labor, avanzamos sobre las operaciones y herramientas con las que contarían los/las analistas para poder llevarla a cabo, arribando así a algunas afirmaciones: en primer lugar, no se podría pensar una correlación directa entre una demanda, hecha por los padres y parientes al comenzar un análisis, y una solución que responda a dicha demanda, ya que el trabajo del/la analista consistiría en establecer un significativo como un enigma, buscando a partir de ahí las huellas que orienten el transcurso del análisis; a partir de aquí se pudo concluir que el/la analista debería realizar desde el inicio hasta el final de un análisis, un recorrido al sesgo.

En segundo lugar, para que pueda realizarse efectivamente un recorrido con tales

características, sería indispensable que el/la analista mantenga una docta ignorancia que implicaría suspender cualquier gesto de comprensibilidad. De esta manera, el trabajo analítico permitiría contribuir en la constitución subjetiva de los niños y las niñas, posibilitándonos progresar en la comprensión sobre el final de un análisis sin caer en visiones psicoterapéuticas o milagrosas.

A su vez, resultó indispensable en el desarrollo del presente TIF, dar cuenta sobre cuáles serían las herramientas con las que contaría un/a analista a la hora de llevar a cabo dichas operaciones mencionadas, ya que no contarían con un manual o una guía a seguir. Así, y a partir de lo que pudimos recuperar de las teorizaciones lacanianas, se concluyó en que la posición propia del/la analista en todo análisis sería ocupar un lugar vacío que permita orientar su intervención hacia la constitución subjetiva, que como mencionamos con anterioridad, sería marcando el lugar en donde el sujeto irá a aparecer. Esto lo permitiría el deseo del psicoanalista, concebido como la principal herramienta que orientaría el trabajo analítico.

Por último, en el cuarto apartado denominado “fin de análisis: un recorrido por la neurosis infantil”, consideramos indispensable mencionar y desplegar las características propias de esta neurosis, ya que se corresponderían en un todo con la constitución del sujeto que habíamos desarrollado y, además, nos permitiría concluir con nuestra premisa sobre el fin de análisis en la clínica con niños y niñas.

Para ello le atribuimos la mayor importancia al hecho de que el armado de una neurosis no se podría concebir sin ciertas obstaculizaciones, llevándonos a explicitar los motivos que condujeron a dicha afirmación. Recurrimos, entonces, a las teorizaciones de Michel Silvestre y Erik Porge, de quienes logramos rescatar la idea de que habría una dificultad estructural a la constitución del sujeto, hasta tal punto que si habría algo que los niños o las niñas pudieran demandar en un análisis, sería que los o las dejen hacer su neurosis de manera tranquila.

Por ello, en pos de desplegar las características de la neurosis infantil y las obstaculizaciones que afirmamos como estructurales, concluimos en que sería la sexualidad (entendida como un hecho de discurso) lo que inevitablemente fallaría en lo referente a la constitución del sujeto y que, paradójicamente, habilitaría a la constitución del mismo.

Entonces, retomando la pregunta inicial sobre el fin de análisis en la clínica con niños y niñas, si el sujeto no se puede concebir como constituido aún en las infancias, podemos afirmar en que un fin de análisis sería posible cuando el/la analista contribuiría a la constitución del mismo, mediante la introducción del mundo simbólico.

Es decir, un psicoanálisis con niños y niñas puede ser conducido hacia su final, mediante el trabajo del/la analista, en dirección al armado de una subjetividad que permita que los niños y las niñas construyan sus neurosis de manera tranquila.

### Referencias bibliográficas

- Clínica I (2020). “Problemáticas en torno al acompañamiento terapéutico: Propuestas para una lectura crítica desde la ética del Psicoanálisis”. (Ficha de cátedra). Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario
- Eidelsztein, A. (2018). *El origen del sujeto en psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1991). “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (2013). “La significación del falo”. En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI. Lacan,

- J. (2013). "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2015) "Función y campo de la palabra en psicoanálisis". En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2015). "Variantes de la cura-tipo". En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2015). "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud". En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J (2017) *Seminario 3: Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2017). *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2018). *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2018). *Seminario 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2019). "El mito individual del neurótico". En *Intervenciones y textos*. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (2020). *Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. (2007). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. Laurent, E. (2003). *Hay un fin de análisis para los niños*. Buenos Aires: Colección Diva. Miller, J. (2019). *Matemas II*. Buenos Aires: Manantial.
- Peusner, P. (2010). *El dispositivo de presencia de padres y parientes en la clínica psicoanalítica lacaniana con niños*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Peusner, P. (2018). *El psicoanálisis con niños es un chino*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Peusner, P. (2012). *Fundamentos de la clínica psicoanalítica lacaniana con niños*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Porge, E. (1986). *Transferencia a la cantonada*. Buenos Aires: Manantial.
- Rabinovich, D. (2007). *El deseo del psicoanalista*. Buenos Aires: Manantial.
- Silvestre, M. (1987). *Mañana el psicoanálisis*. Buenos Aires: Manantial.
- Winnicott, D. (2021). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.